

LOS SECRETOS DE CARLOS

Confía en el futuro

Desde el principio Carlos tuvo muy claro que quería ser su propio jefe y aunque en un principio no tenían pensado instalar una cervecería en casa, pronto se hizo evidente que la cerveza podía ayudar a la pareja en el diseño de su vida futura. Durante cuatro años trabajaron para sacar adelante su proyecto, al que dedicaron todos sus esfuerzos. Confiaron en sus capacidades pero sin precipitarse. Hasta que máquinas y personas no llegaron a su madurez, a su perfecta sintonía, Agullons no se abrió al mercado.

Sé humilde...

Carlos Rodríguez deja bien claro que él no es maestro cervecero. Sólo es un homebrewer que elabora a escala algo mayor de lo normal y vende el exceso que no consume. No estudió para fabricar cerveza, por tanto le da vergüenza que alguien pueda tratarle como maestro. No se cansa de repetir que se siente enormemente agradecido a todos cuantos les han echado una mano. Asegura que sin su ayuda no podría haber conseguido situar sus productos en un lugar eminente.

... y honesto

El propio cervecero es su peor crítico. Si la cerveza no ha salido como esperabas, guárdala para ti o regálala a los amigos. Cuando Carlos no está satisfecho con una remesa, simplemente le da el nombre de Cerveza para Cocinar y no la etiqueta. La liquida a mitad de precio y siempre advierte al comprador que se puede beber pero que, bajo su punto de vista, el producto no está de acuerdo con sus propias exigencias. Algún cervecero ya le ha dicho a Carlos que su Cerveza de Cocina es perfectamente bebible y vendible. Y es que él ya lo sabe, pero aún así no quiere comprometer su reputación. Cada botella, cada barril de Ales Agullons contiene honestidad comprimida en gotas y espuma.

Rodéate de los mejores

El cervecero debe conservar su independencia a ultranza. Es por eso que Carlos no quiere ni oír hablar de socios en su prometedor negocio. Tampoco le gusta que nadie invada su cervecería mientras está elaborando. "Me distrae", apunta. "Y eso va en detrimento del producto final". Sí que acepta, sin embargo, los sabios consejos de Steve Huxley, veterano formador de una amplia generación de cerveceros que han hecho profesión de su afición. Gracias a estos apuntes en las recetas Carlos ha conseguido un

sabor muy británico en sus ales.

Una vez montada la cervecería en la Masía Agullons, el ingeniero Albert Sanchís les echó una mano en la realización del proyecto. Cervecero él mismo, con interesantes recetas, Albert es el único mortal autorizado para usar las instalaciones, probando recetas que le servirán cuando inaugure su futura fábrica de cervezas Almgöver.

Expande tus límites

Aún cuando el mercado natural de Ales Agullons es una parcela local, de proximidad, que gana adeptos a través del boca-oreja, Carlos no ha renunciado a ser conocido fuera de esos límites. Gracias a su amistad con Guillem Laporta y Rubén Río, miembros en su día de Humulus Lupulus y actuales responsables de la Cerveteca en Barcelona, conoció a Bernard Leboucq de Brasserie de La Senne. Bernard invitó a Carlos a participar en un conocido festival cervecero celebrado en Bélgica. Es así como desde el año 2006 asiste al Festival Bruxellensis donde ha podido establecer contacto y amistad con cerveceros admirados en todo el mundo que hasta entonces sólo conocía de leídas a través de libros y revistas: "Servir tus cervezas a gente muy reconocida, personajes míticos que han conseguido poner la cerveza a un nivel muy alto y ver que las aprecian y les gustan representa la culminación de un anhelo. Es una sensación increíble".

Alex Liberati, un italiano con un inusitado olfato para detectar cervezas extraordinarias, es cliente habitual de Ales Agullons. Alex vende sus productos en su local romano Brasserie 4:20 y en cuantos festivales cerveceros pueda asistir, ayudando a distribuir fama y producto por Europa. Gracias a todo lo dicho, podréis encontrar las cervezas de Carlos en la web de referencia ratebeer.com. Eso sí, debéis buscarlos bajo el erróneo nombre de Masilla Agullons.

Imagina cosas nuevas

De una de sus incursiones en el Bruxellensis Carlos se trajo un obsequio de parte de una mítica cervecería. No se le ocurrió otra cosa que meterla en una barrica junto con una de sus propias creaciones y dejar madurar la mezcla. No ve el momento de probar el primer sorbo. El aroma que se escapa por el tapón del barril es como aliento de sirena: una promesa de placer. Asegura a sus amigos que guardará una botella para ellos y es que Carlos se siente feliz de compartir las cosas con quien tiene tratos. Después de todo, coincide con Huxley al decir que los cerveceros son repartidores de placer.

